

Transición económica: luces y sombras. Entrevista a Grzegorz W. Kolodko

Ricardo Torres

Profesor e investigador.

Centro de Estudios de la Economía Cubana (CEEC).

Grzegorz W. Kolodko, profesor de economía política en la Universidad Kozminski, en Varsovia, es considerado uno de los académicos más importantes en el área de las políticas de desarrollo económico. Ha publicado alrededor de cuarenta libros. Fue viceprimer ministro y ministro de Finanzas en Polonia entre 1994-1997 y 2002-2003, durante algunos de los momentos decisivos de la transición en su país. Entre el 20 y el 22 de junio del presente año, el destacado intelectual participó en el Seminario Anual sobre Economía Cubana y Gerencia Empresarial, organizado por el Centro de Estudios de la Economía Cubana y efectuado en La Habana. Durante esas jornadas ofreció una conferencia sobre las características y el estado actual de la transición en Polonia. Y concedió la presente entrevista.

Ricardo Torres: ¿Qué es para usted la transición?, ¿equivale únicamente a la restauración capitalista en Europa oriental y Rusia?

Grzegorz W. Kolodko: No, en lo absoluto. La noción de transición o transformación, que no es lo mismo, implica mucho más que eso. Pero a veces la discusión sobre los cambios dentro del sistema de economía socialista deriva hacia la transición o transformación poscomunista.

Sin embargo, cuando contemplamos los procesos que tienen lugar en sitios tan distintos de la economía

del mundo contemporáneo como los Estados Unidos o los países árabes, los vemos como un tipo de transformación o transición hacia algo nuevo, distinto. Desde las perspectivas semántica y lógica, diría que la transición implica un desplazamiento, un movimiento de un sistema a otro. Y si hablamos del cambio de una economía socialista centralmente planificada a una capitalista de libre mercado, entonces se trata de una transición que conduce a la economía de mercado o al sistema capitalista.

No estoy poniendo un signo de igualdad entre *mercado* y *capitalismo*, que es otro asunto. Por lo tanto, un segundo comentario sería: lo que está ocurriendo en Europa centrorienta, Rusia y las repúblicas postsoviéticas no es una restauración del capitalismo. En ellas se construyen nuevos arreglos institucionales. De modo que no están regresando al capitalismo. La restauración implicaría una recreación de algo que había existido. Y este no es el caso.

Usted podría hallar en mis primeros libros una suposición referida a que el socialismo de la Europa centrorienta fue erigido en un momento inicial como contraposición a un tipo particular de capitalismo y luego evolucionó sobre sus propias bases. Es decir, al principio todo funcionó como antítesis. En el capitalismo existía una cantidad desproporcionada de propiedad privada; por lo tanto, para el socialismo, la estatal debía ser dominante. En el capitalismo la

maximización de la ganancia era la fuerza impulsora de la expansión económica; por ello, en el socialismo se supone que sea la satisfacción de las necesidades del pueblo. En el capitalismo era esencial el mercado, de modo que nos deshacemos del mercado e introducimos mecanismos de planificación, etcétera.

Ahora, Polonia, los países de Europa centroriental, Rusia, más de treinta naciones con cuatrocientos millones de habitantes —y dejando a un lado a China, a Viet Nam y a algunos otros países asiáticos—, están inmersos no en la reconstrucción de las estructuras del viejo sistema, sino en una especie de huida hacia adelante, en dirección a una economía de mercado diferente, que ha tomado en cuenta la etapa contemporánea de la revolución tecnológica, la globalización desenfrenada, e importantes desplazamientos culturales y políticos.

Al describir, explicar y analizar todo el proceso no debemos recurrir a términos como socialismo o capitalismo, porque entonces el debate se enreda en algún contexto ideológico que no siempre es suficientemente pragmático para hallar buenas respuestas a las muchas preguntas que tenemos.

Digamos, pues, que este es el paso de una economía centralmente planificada, en la cual predomina la propiedad estatal y bajo control burocrático, a una de libre mercado y abierta, desregulada, basada en la propiedad privada. Quedan muchos signos de interrogación, más allá del modelo preciso a donde vamos. Es un proceso sin límites fijos.

Hace poco más de veinte años, en Polonia sabíamos adónde apuntábamos. Teníamos en la mirilla el sistema de mercado que existe en la Unión Europea (UE), en lo que incidía nuestra ubicación geográfica: ser el país más centroeuropeo. Nos convertimos en nación europea desde una perspectiva geopolítica, y puesto que existe la UE —institución importante y exitosa agrupación integradora, a pesar de sus recientes crisis— resulta obvio que si decidíamos aproximarnos más al sistema de mercado deberíamos estar en disposición de tomar todo lo posible del patrón de mercado eurooccidental, que sigue las líneas del *accord communautaire*;¹ es decir, la desregulación de la actividad económica. Por lo tanto, sí sabíamos el objetivo de esta transición, de dónde a dónde iba.

Fue distinto para Rusia, que conocía el punto de partida —una economía burocrático-centralizada de tipo soviético—, pero no podía decir a dónde iba, apenas «a un futuro mejor». Todo el mundo va hacia un futuro mejor, al menos eso creen las personas, y los políticos lo prometen. Sin embargo, ¿qué significaba esto para Rusia? Ellos siguen teniendo un problema muy grande.

Nosotros decidimos que lo mejor para Polonia es la economía de mercado del tipo que tenemos en la UE, y casi hemos cumplido esa meta por completo al ingresar a ella en mayo de 2004.

R. T.: *Se toma la perestroika soviética como ejemplo que ilustra el punto de partida para los procesos de transición en Europa oriental. Especialmente en la Unión Soviética, esa política no apuntaba a la restauración del capitalismo, sino al reenfoque del modelo socialista hegemónico en el área. No obstante, fracasó. ¿Qué cree usted que ocurrió?*

G. W. K.: De hecho, *perestroika* significa «reconstrucción». Cada país tiene sus propios nombres para ciertos procesos, algunos de los cuales pueden ser similares. Se les llama «reformas» en Polonia y Hungría, *doi moi* en Viet Nam, *perestroika* en Rusia, y ahora se denomina «actualización» en Cuba.

A vuelo de pájaro, con una perspectiva de larga distancia, la *perestroika* de los tiempos de Mijaíl Gorbachov, último líder de la Unión Soviética, tenía una connotación similar a la «actualización» en la Cuba contemporánea. No apuntaba, en ningún sentido, al tránsito a un nuevo sistema. Se trataba de mejorar el existente de manera que las empresas pudieran competir en una economía que estaba creciendo para convertirse en global. Era también un intento por flexibilizar el sistema, ajustarlo al cambiante ambiente internacional; y tornarlo más aceptable para el pueblo.

Pero incluso antes de la *perestroika* hubo reformas más o menos profundas, orientadas en dirección al mercado, sobre todo en países como Hungría y Polonia. El proceso comenzó en Polonia después de la desestalinización de 1956. Hubo cierta desregulación económica, descentralización y liberalización; sin embargo, no funcionaba, y resurgió la centralización, que condujo a la crisis de 1970. Se produjo entonces un cambio político y de políticas en 1970 y 1971; de nuevo hubo intentos por reformar la economía socialista, los cuales volvieron a fracasar. Luego ocurrieron los desórdenes de 1980 y 1981, el nacimiento de Solidaridad, que fue llamado sindicato, pero era un movimiento sociopolítico; ese fue, de hecho, el principio del fin del sistema en Europa central y oriental.

Y una vez más, bajo la sombrilla de una regulación especial que se dio en llamar Ley Marcial, digamos un gobierno fuerte y autoritario, hubo reformas profundas después de 1981, hasta 1989. La economía adquirió un poco de impulso, pero a mediados de ese decenio empezó a deteriorarse otra vez, principalmente por dos razones: la lucha interna entre el gobierno, orientado en dirección a las reformas, y Solidaridad, cada vez más antisocialista; además, estaban los factores externos, en especial las sanciones económicas que Occidente le impuso a Polonia a fines de 1981 debido a la Ley Marcial.

Luego, puesto que en la mayoría de los países el crecimiento se hacía más lento, la escasez aumentaba, aparecían más tensiones sociales, se iba perdiendo la

competitividad, trataron de reformar sus economías Polonia, Yugoslavia, Hungría y la Unión Soviética de Gorbachov, aunque en ciertos países —como la RDA, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumanía, Albania— nada hicieron.

Hasta finales del decenio de 1980-1989, Rumania era un estado ortodoxo, de estilo comunista o de economía tipo socialismo extremo. Hasta cierto punto, en Polonia y Hungría había un peso mayor de la propiedad privada, y eran economías más abiertas, más liberalizadas. Ello nada tenía que ver con construir una economía de mercado como la vemos desde hace veintitantos años.

Me encontré con Gorbachov un par de veces. Por supuesto, le pregunté: ¿Cuál fue el objetivo de su *perestroika* y su *glasnost*? *Glasnost* significa apertura, un tipo de reformas políticas graduales, limitadas, aunque en aquel tiempo eran profundas y, para algunas personas, lo eran demasiado. Él confirmó mis sospechas y mi certeza. Su propósito no fue deshacerse del socialismo y remplazarlo con el capitalismo, sino mejorar el sistema, porque ya casi no funcionaba en aquellos momentos. Pero en lo económico no dio los frutos esperados. De hecho, fracasó por cierto número de razones, incluida la complejidad de la Unión Soviética, compuesta por quince repúblicas distintas con cientos de nacionalidades y bastante desigualdad entre las regiones, no solo entre los estratos sociales.

Lo que ocurrió en los 80 en la Europa centrorientada y la Unión Soviética fue un intento por rediseñar el sistema socialista para hacerlo menos centralmente planificado y burocráticamente controlado, más dependiente del mercado y desregulado. Pero debido a la Guerra fría, a la mala administración, a las ideologías en contradicción, a algunas políticas y decisiones erróneas, a la debilidad de las instituciones, y a muchísimas cosas —porque no hay un factor único— no funcionó.

Sin embargo, hubo momentos y países en los que la situación sí mejoró. Por ejemplo, en Polonia, después de 1956 —sobre todo entre 1971 y 1976— hubo una mejoría de la situación económica. Y de nuevo en los años 1982-1985. En Hungría, después de que empezara a aplicarse en 1968 el Nuevo Mecanismo Económico —así se le bautizó—, la situación cambió para bien significativamente. También en Yugoslavia hubo altas y bajas: tenía una economía y una política socialistas, pero no del tipo soviético.

No obstante, a largo plazo, ese esfuerzo fracasó. Y primero en Polonia y luego en otros países, llegamos a la conclusión de que el sistema no tenía futuro. Una valiente decisión política se tomó de modo pacífico en 1989, en el contexto de las negociaciones de la Mesa Redonda: profundizar más los cambios sistémicos.

Todavía en los tiempos de la Mesa Redonda, no estábamos hablando oficialmente sobre la transición al capitalismo; sino de movernos hacia un círculo de economía de mercado socialista o, según decían otros, socialismo de mercado o mercado socialista, pero no de capitalismo. Eso fue lo que vino un poco después.

Ocurrió un avance político, exitoso y democrático a raíz de esas negociaciones entre el gobierno orientado hacia las reformas y los líderes de la llamada oposición democrática, dirigida por Solidaridad, y unos pocos expertos independientes, tecnócratas. Yo participé como académico en tales negociaciones.

Para muchos, el aspecto político de los cambios era lo más importante; el asunto medular era el poder, quién gobierna, a través de qué mecanismo. Para algunas personas que son y fueron influyentes, lo central giraba en torno a cómo se escogería a la élite gobernante, cómo se tomarían las decisiones. Y las consecuencias para la economía eran de naturaleza secundaria.

Por el contrario, en lo que a mí respecta, yo estaba viendo el cambio político como instrumento para mejorar la eficiencia económica, sostener un índice mayor de crecimiento, hacer competitivas nuestras empresas, ponernos a la par con la porción más desarrollada del mundo y, de ese modo, elevar el nivel de vida del pueblo.

R. T.: *¿Hasta qué punto siguieron un paradigma todas las transformaciones eurorientales desde 1989 y en qué sentido resulta único el caso polaco?*

G. W. K.: Jamás he dicho —y estoy seguro de que nunca lo escribí— que «el caso polaco es único». Diría que posee rasgos específicos. En primer lugar, hubo más intentos de reformas antes de que colapsara el sistema y fuimos los que comenzamos el proceso de transiciones. También Polonia era más pluralista que cualquier otro país, tal vez con la excepción de Yugoslavia, a finales de la década de los 80. Del sector privado provenía 20% del Producto Nacional Bruto (PNB). Teníamos ciertas instituciones de economía de mercado; por ejemplo, un sistema bancario de tercer nivel y regulaciones antitrust sobre bancarrotas, inversiones extranjeras directas, etc. Había mucho más espacio para el libre debate de los intelectuales, los académicos y los políticos.

Solo en Polonia ocurrió que bajo cierto régimen comunista se permitiera la existencia de un sindicato independiente, con el nombre de Solidaridad. En los 80 se toleró esta especie de oposición, que jamás fue reprimida tanto como la de Rumania, Bulgaria, u otros países de la región.

En lo que respecta a la transición hacia la economía de mercado, el proceso siguió en gran medida las mismas líneas; bajo la fuerte influencia de la Unión

El delicado arte de la política económica exitosa depende de poder hacer dos cosas al mismo tiempo: primero, saber qué cosa depende de otra, cuáles son los mecanismos, las retroalimentaciones, las relaciones causales; y segundo, poder aplicar una política que sea fruto de ese conocimiento.

Europea, porque la mayoría de los países —si no todos ellos— de Europa centrorienta y algunas de las otrora repúblicas soviéticas deseaban el ingreso, como miembro pleno, en la UE. Hasta el momento lo han hecho diez naciones, a mediados de 2013, Croacia accederá a ella.

R. T.: *Conversemos un poco sobre el papel de la academia en la transición. Usted ejercía como profesor universitario de economía y se unió al nuevo gobierno polaco en 1994. ¿Por qué aceptó?*

G. W. K.: Yo fui, he sido y soy un hombre de ciencia. Me considero un intelectual dotado de ciertos enfoques interdisciplinarios respecto a temas de desarrollo económico. Sí, era profesor de economía en 1988. Y durante la mayor parte de la década de los 80 fui asesor del Gobernador del Banco Central de Polonia, la estructura de gobierno más orientada en dirección al mercado.

La primera vez que se me pidió aceptar el cargo de Ministro de Finanzas fue en agosto de 1989, después de las primeras elecciones libres, semiparciales, al Parlamento, donde Solidaridad se convirtió en mayoría. No acepté con el argumento de que no existían las condiciones políticas para ejecutar las reformas económicas necesarias.

Luego, el primer premier postcomunista, el Sr. Tadeusz Mazowiecki, me invitó a convertirme en miembro del Consejo Económico del Consejo de Ministros. Era una especie de cuerpo asesor —no tomábamos decisión alguna— formado por destacados economistas de distintas orientaciones. De modo que yo estaba próximo a la política, pero como árbitro, como crítico. Esto ocurría entre 1989 y 1991, durante los dos primeros gobiernos conducidos por Solidaridad. Yo era muy crítico respecto a lo que ellos estaban haciendo. En aquellos momentos dirigía un centro de investigación, el Instituto de Finanzas, adjunto al Ministro de Finanzas, cuyas instalaciones se convirtieron en la sede económica del gobierno.

En los años iniciales de la transición polaca se le entregó el poder económico al Ministro de Finanzas y Viceprimer Ministro, quien en aquel momento estaba muy imbuido del consejo neoliberal de ejecutar con rapidez la terapia de choque, la cual yo describo como choque innecesario sin mucha terapia, o choque sin terapia.

En septiembre de 1993 hubo elecciones, y puesto que las personas estaban hartas del choque sin terapia, de aquellas políticas neoliberales erróneas conducidas por el gobierno de Solidaridad, eligieron una mayoría parlamentaria del Partido Socialdemócrata, muy a menudo llamado postcomunista, porque ese partido surgió del antiguo Partido Unido de los Trabajadores Polacos y su socio de coalición, el Partido Central de Campesinos y Granjeros.

Me invitaron a unirme al gobierno. Y dijeron: «¿Puedes redactar tu programa?». Elaboré cuarenta y cuatro tesis: *Estrategia para Polonia*. Conversé con los dirigentes de los dos partidos y ellos aceptaron. Solicité contar con ciertos docentes, sobre todo de mentalidad reformista, inteligentes pero pragmáticos. Con excepción de uno de ellos, todos eran académicos, profesores de Economía o Finanzas, o de Derecho.

Pero en el mismísimo último instante, no aceptaron mi propuesta. Y rechacé la invitación por segunda vez. Partí para Tokio, luego viajé a Roma, Los Ángeles, Washington.

Finalmente me convertí en Viceprimer Ministro, Ministro de Finanzas y Presidente del Comité de gobierno —tres en uno— en abril de 1994. Mi *Estrategia para Polonia* fue aceptada por los líderes políticos de la coalición, y se me aseguró que las personas que yo había designado como viceministros serían nombradas.

La *Estrategia...* fue debatida de manera pública con los empresarios, los sindicatos, los partidos de oposición, los medios de difusión, los círculos académicos. Luego hubo un debate parlamentario, y el programa fue adoptado en la primavera de 1994. Apuntaba a un crecimiento sostenido y equitativo, un desarrollo sustentable, la gradual desnacionalización y privatización, la reestructuración de múltiples esferas del sector agrícola y la reforma del sistema financiero, la seguridad social... Era una estrategia a mediano plazo muy compleja y muy dinámica, para integrar en el futuro la UE y sacar provecho de la globalización en curso.

Aplicué el programa, con mi equipo, entre 1994 y principios de 1997. Decidí abandonar el gobierno sin esperar al final de su mandato porque no me gustaban muchos otros aspectos de su gestión —de naturaleza no económica— y no quería ser un chivo expiatorio al que culparan por perder las siguientes elecciones.

Durante ese lapso el PIB dio un salto, en términos reales, per cápita, de 28%. El índice de crecimiento

fue de casi 6,5% anual, redujimos el desempleo en un tercio, y la inflación en dos tercios. Por primera vez después de la guerra, conduje a Polonia al mercado internacional de capitales. Obtuvimos un primer nivel de calificación de inversiones por parte de las agencias tasadoras. Ingresamos a la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OCDE). Negocié y firmé un acuerdo con el Club de Londres de acreedores privados para que perdonaran la mitad de la deuda polaca a estos.

R. T.: *¿Usted diría que dentro del gobierno la academia fue importante en el trazado de políticas y en la fijación de estrategias para Polonia en aquellos años?*

G. W. K.: Definitivamente sí. En el gobierno, la política, la opinión pública, en todas partes. Pero es una espada de doble filo. Porque desempeñaron un papel, pero discutían unos con otros, a veces más intensamente que las personas que nada tienen que ver con la academia. Los académicos no siempre están del lado del progreso, de la eficiencia, de la cohesión social. Yo abordo esto, tanto en el contexto de la globalización como de la crisis económica mundial, en mi último libro, *Verdades, errores y mentiras: la política y la economía del mundo en desarrollo*.²

Algunos economistas, incluidos profesores muy conocidos, están equivocados o mienten respecto a la privatización o a la tasa de cambios, o a la liberalización o a las transferencias sociales del presupuesto. Y los formuladores de políticas mienten con mucha mayor frecuencia que los economistas, por muchísimas razones que yo discuto y explico en mi libro. A veces son impulsados por la ideología, como en una religión. Tienen su dios, que se llama libre mercado, la mano invisible, gobierno fuerte, o planificación centralizada. Hay mucho debate ideológico acalorado, puesto que los temas son realmente controvertidos y en numerosas ocasiones hemos hecho las cosas por primera vez, sin haber podido aprender de nadie más.

Puedo apuntar muchos nombres de economistas académicos involucrados en la formulación de políticas cuyos resultados en varios países de Europa centrorientales, comenzando por Polonia, fueron horribles, pero hubo otras que resultaron buenas. No basta con tener profesores en el gobierno para que este sea mejor.

El delicado arte de la política económica exitosa depende de poder hacer dos cosas al mismo tiempo: primero, saber qué cosa depende de otra, cuáles son los mecanismos, las retroalimentaciones, las relaciones causales; y segundo, poder aplicar una política que sea fruto de ese conocimiento.

En la universidad es suficiente con tener razón y convencer a los estudiantes, a los colegas, a los lectores

de sus escritos, de que así es como funcionan las cosas. Pero si usted va a la política, tiene que contar con una mayoría. Así que es delicado convencer a las demás personas de que su propuesta es una buena opción. Y luego cambiarlo todo dentro de la ley.

R. T.: *¿Cuáles son los puntos principales de su Estrategia para Polonia?*

G. W. K.: Es un programa no ortodoxo, complejo, abarcador, que ofrece mucha atención a la reestructuración microeconómica, con el objetivo de elevar la eficiencia y la competitividad del creciente sector privado, pero a la vez teniendo cuidado para que el crecimiento sea equitativo en cuanto a la distribución de los frutos de la economía: por así decirlo, de justicia social.

Lo conforman catorce programas cruciales, de los cuales el más importante estipulaba reconvertir las empresas estatales en sociedades anónimas y exponerlas a la competitividad del mercado, con vistas a mejorar la administración macroeconómica y hacerlas lucrativas, si no a todas ellas, al menos a todas las posibles.

También se proponía rehacer el sector financiero, para establecer un sólido sector bancario y un sólido mercado de capitales que actuasen como intermediarios encargados de incrementar la propensión al ahorro y de convertirlos en inversiones y en una eficiente asignación de recursos. Apuntaba, igualmente, a la reestructuración del sector agrícola de un modo que estimulase a las personas a no migrar a las ciudades. Yo lo llamo el «programa de desarrollo multidimensional de las zonas rurales». Incluía crear oportunidades de empleo en ellas, pero fuera de lo estrictamente agrícola; es decir, pequeños negocios, servicios, ecoturismo, agroturismo, etcétera.

Pretendía, además, reformar el sistema de seguridad social, que se ha vuelto insostenible como consecuencia del envejecimiento de la población y del mecanismo de *pay-as-you-go*.³

En términos generales su objetivo era poner la economía en el camino del rápido crecimiento, y al mismo tiempo cuidar la disciplina y la responsabilidad fiscales. Teníamos que combatir a la vez los altos niveles de inflación —la hice descender dos tercios— y los elevados índices de desempleo —lo disminuí en un tercio. De modo que una parte indispensable de la *Estrategia para Polonia* fue un intento de establecer una verdadera asociación entre el gobierno, los sindicatos y el empresariado. Establecimos lo que se llamó una comisión tripartita, que discutió y solucionó asuntos relacionados con el presupuesto, las medidas antinflacionarias, las técnicas de privatización, etc. También hubo un programa para atraer inversiones extranjeras directas como apoyo para nuestro capital

doméstico, que no era muy eficiente, y como el principal conducto de transferencias de nuevas tecnologías y mejor administración.

En cualquier sentido era un programa liberal, pero definitivamente no era neoliberal, porque estaba muy orientado hacia los aspectos sociales del desarrollo. Y creo que fue el programa más abarcador de ese tipo con que contamos en cualquier país de la Europa centrorientada.

R. T.: ¿Qué sucedió después de 1997?

G. W. K.: Regresé a la academia, primero al Instituto de Investigación del Desarrollo Económico;⁴ allí escribí el libro que ya mencioné, *Del choque a la terapia*. Después asesoré el Departamento de Investigación y el de Asuntos Fiscales del Fondo Monetario Internacional (FMI), en Washington, DC. Y luego me mudé al Banco Mundial, para trabajar durante un semestre con Joseph Stiglitz sobre el post Consenso de Washington. Impartí docencia en distintas universidades norteamericanas: la Escuela de Administración de Yale, el Departamento de Economía de la Universidad de California, en Los Ángeles, y el de Ciencias Políticas de la Universidad de Rochester, en Nueva York.

Regresé a Polonia y ocupé una plaza en la Universidad Kozminski, la mejor Escuela de Comercio y Derecho en nuestra parte del mundo. Creé mi pequeño instituto, un tanque pensante con el nombre de TIGER⁵ (Transformación, Integración, Globalización e Investigación Económica). Para mi sorpresa, cuando la economía fue de nuevo conducida a un punto de parálisis en el último tercio de 2001, por la mezcla de ese neoliberalismo polaco y el populismo de Solidaridad —el índice de crecimiento era de 0,2%, y cuando abandoné el gobierno en la primavera de 1997, era de 7,5%—, volví, una vez más, al cargo de Viceprimer Ministro y Ministro de Finanzas, en el verano de 2002.

Fue un gran desafío y un período muy difícil, porque estuve involucrado en la negociación de las condiciones de nuestra incorporación a la UE. Asistí a la Cumbre de Copenhague en diciembre de 2002 y a la de Atenas en 2003, donde el histórico acuerdo de recibir en la UE a Polonia y otros siete países de Europa centrorientada fue firmado e incorporado al Tratado.

Consideré que mi tarea estaba cumplida, volví a abandonar el gobierno, y desde entonces he estado haciendo lo que más me gusta. Realizo mis investigaciones, publico libros —tengo ediciones en veintiséis idiomas en más de cuarenta países— y viajo mucho. Soy un trotamundos, he explorado más de ciento cincuenta países, la mayor parte de los viajes son de estudio. Me gusta ver las cosas con mis propios ojos y conversar con las personas. Esa es también la

razón por la cual he venido con tan gran interés a Cuba, donde es como si estuviera por primera vez, puesto que hace mucho tiempo de mi última visita en septiembre de 1989.

R. T.: Si tuviera la oportunidad de cambiar el pasado ¿qué haría usted de manera distinta?

G. W. K.: Algunos aspectos del proceso de privatización. Mi abordaje del asunto siempre fue muy pragmático, consistente en que hay que privatizar las empresas estatales solo cuando coinciden dos criterios al mismo tiempo: que brinde mayor eficiencia y que maximice los ingresos para el presupuesto estatal. El enfoque neoliberal era «mientras más rápido, mejor».

Los estúpidos de la prensa neoliberal y algunos economistas dijeron que yo estaba frenando la privatización. No. Yo la estaba racionalizando. Porque si se privatiza demasiado rápido, se vende demasiado barato.

En segundo lugar, yo usaría —traté de hacerlo, pero fracasamos en el intento— el grueso de los activos que eran propiedad del Estado como capital de partida para los futuros fondos de pensiones con vista a capitalizar el sistema en momentos en que nos movíamos de un sistema de desembolso inmediato (*pay-as-you-go*) a otro de financiamiento parcialmente privado.

Pienso que si se va a la economía de mercado, hay que ser consecuente. También hay que tener parte del sistema de pensiones basado en el de mercado. Pero solo tiene sentido si está bien capitalizado. Porque de otro modo, el gobierno colecta las contribuciones a la seguridad social, pero no bastan para pagar las actuales pensiones, por lo cual tienen que existir onerosos subsidios provenientes del presupuesto estatal.

A la vez, parte de las contribuciones a la seguridad social han sido transferidas a entidades privadas que están acumulando fondos para el futuro, y por lo tanto el déficit se hace incluso mayor, así que el gobierno tiene que pagar mayores subsidios. El modo en que se está aplicando esta reforma contribuye a un déficit fiscal estructural y a una creciente deuda pública. Eso es una estupidez, no una política. Se supone que se base en un presupuesto equilibrado; y para tenerlo, y puesto que hay que destinar algún dinero al futuro —en lugar de utilizarlo para las pensiones actuales—, entonces ¿de dónde se saca el dinero? Supuestamente de activos estatales con financiamiento estatal. La conversión de una empresa estatal en una sociedad anónima y la flotación de los valores en el mercado tienen un valor monetario, y debe ser ese el capital para invertir en esos fondos.

En tercer lugar, no permitiría que los bancos privatizados sean vendidos al capital foráneo. En un país como Estonia, 100% de los bancos son privados

y de capital extranjero. En Polonia, aproximadamente 70% del capital de los bancos es foráneo. Eso acrecienta demasiado la dependencia respecto al financiamiento no nacional.

Existe el criterio de que hemos creado en Polonia y en otras partes un capitalismo dependiente de la parte rica del mundo, de Norteamérica, Alemania, Francia. Nosotros deberíamos ver el capital extranjero como un instrumento para reestructurar nuestra economía y cofinanciar el crecimiento económico. El enfoque neoliberal permite ver los mercados emergentes del postsocialismo como otros tantos escenarios para la especulación y la explotación. Hoy, en Europa centrorientada, la palabra «explotación» ha sido borrada por completo del lenguaje de la economía y la política.

Y existen muchísimos asuntos menores que, desde un punto de vista técnico, podrían ser manejados de manera distinta. Cuando yo trabajaba con el gobierno, daba por sentado que ellos usarían mi conocimiento porque yo sí sabía cómo funcionan las cosas, para mejorar el sistema económico, y la política me proveería todo lo necesario para ejecutar los cambios apropiados. Yo era muy ingenuo. La mayor parte del tiempo se trata de una lucha política muy dura, con distintas agendas, distintos conceptos y, ante todo, con múltiples intereses.

R. T.: Si analizamos el proceso general de transformación y transición en Europa centrorientada, Rusia incluida, ¿cuáles han sido, en su opinión, los principales costos y beneficios hasta ahora?

G. W. K.: Hay muchas personas que no se están beneficiando del proceso. El margen de exclusión social es grande. Al mismo tiempo, al movernos en dirección al sistema de mercado, hemos creado desempleo, que no existía en las economías socialistas centralmente planificadas. En los peores años de las políticas neoliberales en Polonia, era superior a 20%. En los mejores momentos, bajo mi administración, estuvo ligeramente por encima de 8%, pero de todas formas era bastante elevado. Ahora se ubica en 13%.

Entre los aspectos negativos, también anotaría el hecho de que en ciertos casos —mucho más en las que fueron repúblicas soviéticas y en los países balcánicos— existe una creciente desigualdad que no refleja la verdadera contribución al PNB. De modo que sería incierto decir que solo hay ganadores en el proceso. La transformación postsocialista en mi parte del mundo implica una gran redistribución: están los nuevos ricos y los nuevos pobres. Algunas personas tienen ahora mayor dificultad para acceder a los cuidados de salud, a la educación y a la cultura. Definitivamente, afirmar que se está mejor sería irresponsable.

Pero si el principal objetivo fue mejorar la eficiencia de la economía y garantizar su capacidad de crecimiento, en ese punto sí ganamos.

Lo que estoy diciendo no es incondicional, ni válido para cada uno de los países involucrados. Puedo argüir de ese modo respecto a Polonia, Eslovaquia, la República Checa, Hungría; con certeza incluyo a Bulgaria, Rumania, Eslovenia, Croacia y los estados del Báltico: Letonia, Lituania y Estonia. Pero es mucho más difícil hacerlo en relación con Rusia, Ucrania o alguna otra república postsoviética.

Si bien el PNB polaco de 2012 duplica el de 1989, el de Rusia permanece al mismo nivel que estaba hace veintitrés años, debido a la mala administración, en especial bajo el gobierno de Boris Yeltsin, durante la década de los 90, porque aquella fue una política de tipo neoliberal. En Ucrania es incluso un tercio inferior y hay demasiado compadreo, demasiada corrupción, una lucha política ineficiente.

En pocas palabras, el único logro importante es que todos esos Estados se libraron de una economía de escasez. De modo que ahora allí el mercado es equilibrado. Hay de todo en él. El problema es que no todo el mundo tiene el dinero necesario para comprar los productos. Pero al menos es una economía basada en el dinero, y eso es un gran logro. El precio más caro que pagaron las naciones de la región por ese tipo de transición es el desempleo, que es muy elevado, estructural en muchos países, y causante de numerosos problemas de naturaleza social y política. También provoca una creciente emigración. Muchos ciudadanos eurorientales abandonaron sus países, a pesar de que la situación está mejor —quizás un poquito—, como dicen algunas personas. Porque en otras partes está muchísimo mejor. Ahora tienen la libertad de salir, y pueden hacerlo porque la UE cuenta también con un único mercado laboral. A largo plazo, ese es otro factor positivo, pues al viajar las personas están aprendiendo.

R. T.: ¿Hasta qué punto es estable y próspera Europa centrorientada hoy?

G. W. K.: En gran medida. Y si incluimos a los tres miembros de la UE que fueron repúblicas soviéticas —Estonia, Letonia y Lituania—, yo diría que mucho.

R. T.: ¿Sus pobladores son más felices que hace veinte años?

G. W. K.: Esa es una pregunta completamente distinta. Con toda seguridad, nosotros ahora somos más estables que España o Grecia. De modo que no habrá ninguna noticia explosiva proveniente de Europa centrorientada, como las de Europa meridional o del Medio Oriente o África del Norte, los países árabes, etc. No es la misma situación en Ucrania, algunas otras repúblicas

El factor principal del fracaso del socialismo real en Polonia y Europa oriental fue el fenómeno de desabastecimiento-inflación coexistentes. La gente no podía gastar su dinero, porque había escasez de productos y, al mismo tiempo, la inflación de los precios tomaba impulso. Al decir del ama de casa de Europa oriental: «No había nada para comprar y todo estaba cada vez más caro».

postsoviéticas y, hasta cierto punto, Rusia. Allí existen muchos más problemas por resolver, mucho más potencial de conflicto.

En cuanto a cómo se sienten las personas, la mayoría está más feliz con el actual sistema que lo que estuvieron con el de tiempos pasados. Bueno, muchos no saben cómo era antes. Ya han pasado veintitrés años desde 1989. Para mi hija, mis estudiantes, la libertad de viajar, con el pasaporte en el bolsillo es la regla. Pero para la generación más vieja, esa es la gran ganancia.

Aunque en las investigaciones sociológicas y psicológicas en las que los entrevistados expresan qué creen, cuáles son sus aspiraciones, las personas son muy críticas, la abrumadora mayoría está a favor de los cambios realizados. Sin embargo, como dije antes, hay quienes se encuentran en peor situación: algunos jubilados, campesinos pobres, etcétera.

R. T.: *¿Cómo contempla usted el futuro de Polonia y de Europa oriental? Digamos, en los próximos veinte años.*

G. W. K.: Será uno de los ejes de la economía global. La región estará creciendo, en términos de PNB per cápita, al menos con el doble de rapidez que el resto de Europa. En promedio, crecerá más rápido que el resto del mundo, aunque más lentamente que China y Asia suroriental.

Será cada vez más una economía basada en el conocimiento, porque las personas fueron sólidamente formadas y están entusiastas por invertir mucho en sus propias destrezas, y a pesar de que el sistema de educación no es el mismo, ellos seguirán al mando. ¿Qué tipo de economía de mercado se supone que tengamos allí? ¿Será más del tipo neoliberal o más de la economía de mercado social? Esto tiene que decidirse en los próximos diez o veinte años.

Dentro de dos décadas todos los países de Europa centrorientales serán miembros plenos de la UE, ello incluye a las repúblicas posyugoslavas, y quizás algunas postsoviéticas. La mayor interrogante es Ucrania; si sigue por el mismo camino que hasta ahora, no ingresará a la UE.

Seguiremos siendo la parte más débil de la UE ampliada. No obstante, para países pequeños, o medianos, como Polonia, con economías abiertas en tiempos de globalización, integrarse a un mercado planetario interdependiente es una buena opción

histórica. Si no perteneciéramos a un bloque de quinientos millones de personas —la UE aporta 20% de la producción mundial— tendríamos resultados mucho peores.

Estamos obteniendo quizás hasta 1,5% de crecimiento anual adicional del PNB gracias a la condición de miembros de la UE, debido al acceso a capitales y al mercado común, también a la flexibilidad del mercado laboral, la transferencia de tecnologías, de fondos europeos que podrían financiar nuestro desarrollo; y, lo que es más importante en mi opinión, debido al perfeccionamiento institucional.

R. T.: *China comenzó sus reformas a finales de los años 70, y ya no sería la misma hacia 1989. ¿Por qué tuvo más éxito ese reformismo socialista más viejo, en contraste con la perestroika y otros intentos en Europa oriental y central?*

G. W. K.: Es una pregunta muy buena. Antes de intentar responderla, permítame hacer un comentario. En uno de mis libros, *Del choque a la terapia...*,⁶ traducido a varios idiomas, yo me refería no solo a ese asunto, sino también al hecho de que hasta los años 1989 y 1990, nadie hablaba sobre transición o transformación. Nadie se refería a las reformas de China, a la *perestroika* de Gorbachov o al *doi moi* vietnamita, como el comienzo de la transformación, como transformación sistémica o postsocialista. Pero cuando, después de mis tres períodos en el gobierno como Viceprimer Ministro y Ministro de Finanzas, fui invitado por un tiempo a laborar como consultante en el FMI —deseaban que compartiera con ellos mis conocimientos teóricos y mi experiencia pragmática—, hubo una conferencia y se publicó un libro sobre diez años de transición.

Y el enfoque del FMI fue en cierto modo ridículo y molesto para nosotros los polacos, porque en 1999 uno lee que se conmemoraba el vigésimo aniversario de la transición comenzada en China en 1979 y que luego siguieron la Unión Soviética en 1985, Viet Nam en 1986 y Polonia en 1989.

En lo que respecta a China, el modelo Mao Zedong de economía basada 100% en propiedad estatal ya no estaba funcionando. Cuando el camarada Mao falleció, el nuevo gran líder, Deng Xiaoping asumió una solución pragmática: «No importa de qué color es el gato, negro o blanco; lo que importa es que atrape ratones».

Había problemas por resolver: cómo alimentar al pueblo, proveerlo de vivienda, suministrarle los artículos básicos, elevar sus niveles de vida. China era fuerte en lo militar, debido a su arsenal nuclear, a la cantidad de habitantes —casi mil millones en aquel momento—, pero era muy débil en términos económicos. Así que empezó a reformar el sistema en 1979, teniendo en cuenta también reformas efectuadas en Hungría, Polonia y Yugoslavia.

Pero yo diría que los chinos eran mucho más disciplinados y estaban mucho mejor organizados en el sentido de introducir lo que decidía la cúpula política. Sus reformas han sido, y son todavía, muy consecuentes.

Desde 1989 viajé a ese país, a veces asesoro un poco a departamentos del gobierno, a los formuladores de políticas, a mis colegas académicos, a periodistas influyentes, creadores de opinión. Y puedo decir que, como ninguna otra nación, están formulando las preguntas apropiadas en el momento apropiado. Por ejemplo, en 1989 preguntaban qué debían hacer para acabar con la escasez, para acceder al mecanismo de fijación de precios por el mercado sin incrementar la inflación. Y en 2011 inquirían hasta dónde deben ir con la liberalización de la moneda y con la aceptación de la tasa de cambio.

Fueron capaces —luego de experimentar entre 1979 y 1989— de aprender mucho de los errores que nosotros cometimos en Polonia, en Europa oriental y en la Unión Soviética. Y no renunciaron al objetivo de sustentar el sistema.

En China no adoptaron un sistema multipartidista o de libertad de prensa y elecciones libres de vez en cuando, que podríamos llamar democracia de tipo occidental. Decidieron reformar la economía manteniendo básicamente el sistema político: unipartidista, con una dirigencia iluminada al frente y un partido socialista o comunista orientado a favor de la reforma.

Ellos aprendieron el primer mensaje de nuestro fracaso: que el factor principal del fracaso del socialismo real en Polonia y Europa oriental fue el fenómeno de desabastecimiento-inflación coexistentes. La gente no podía gastar su dinero, porque había escasez de productos y, al mismo tiempo, la inflación de los precios tomaba impulso. Al decir del ama de casa de Europa oriental: «No había nada para comprar y todo estaba cada vez más caro».

Los occidentales, empezando por Jeffrey Sachs, jamás comprendieron cómo es posible que uno no pueda comprar nada y todo esté más caro. Desgraciadamente lo experimentamos demasiado en Polonia. Los trabajadores y los administradores, los directores de las empresas estatales, estaban hartos de aquello. Cuando el gobierno también lo estuvo, todo el mundo dijo: «Vamos a dejar de intentarlo. Vamos a hacerlo de otra manera». En vez de mejorar el sistema,

decidieron deshacerse de él y adoptar la economía de mercado.

Pero los chinos sí fueron capaces de mantener bajo control la inflación al tiempo que liberalizaban los precios. Desde hace veinte años lograron eliminar la escasez. Lo primero que hicieron fue desregular el mercado de consumo y permitir el establecimiento de un mecanismo de fijación de precios a través del mercado. Y empezaron a reformar otros segmentos de la economía; algunos de ellos fueron reformados incluso antes.

El Sr. Deng fue más inteligente, estuvo varias clases por delante del Sr. Brezhnev y su grupo. En segundo lugar, en comparación con los soviéticos, fueron impulsados mucho más por el pragmatismo que por la ideología. Y en tercer lugar —lo cual es más peliagudo y más difícil de comprender, explicar e interpretar—, existe cierto concepto cultural. Creo que la mentalidad china es más apropiada para ese tipo de cambio que el alma rusa o euroriental.

En el caso de Europa centrorientales hubo otro factor político. Esos países pertenecían al bloque soviético, pero sus habitantes éramos mucho más liberales. Viajábamos, teníamos acceso a la televisión vía satélite desde los años 80, y a la literatura occidental. Yo no tuve dificultades de ningún tipo para estudiar economía con textos en lengua inglesa. Creo que por esa razón hubo muchas más críticas y se creyó mucho menos en la posibilidad de que el sistema socialista fuese reformable.

Eso no ocurrió en China ni en Viet Nam. De modo que otra pregunta muy buena sería ¿dónde se encuentran ambos? Yo sostengo que el momento crítico fue la incorporación de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC), hace diez años. Hasta entonces yo decía que ese país estaba reformándose, o, si se quiere, que se trataba de una *actualización*.⁷ Sin embargo, para convertirse en miembro de la OMC, China tuvo que cumplir muchas condiciones vinculadas a la introducción de más desregulación, descentralización, privatización. Es decir, China está transformándose en una economía de mercado o, si usted quiere, capitalista.

Sus dirigentes no lo reconocen. Según la interpretación china y la vietnamita, ni hay capitalismo ni llegar a él es su objetivo. Pero si se analiza con frialdad el modo en que el sistema económico funciona allí, es muy diferente al capitalismo occidental, y al postsocialismo de Europa centrorientales, aunque ya ha dejado de ser una economía socialista en cualquier significado tradicional del término. Yo diría que se trata de capitalismo de Estado.

Y ahora la pregunta más difícil es ¿qué depara el futuro? Creo que a largo plazo —quiero decir, en veinte o treinta años, pues el proceso de liberalización política es mucho más lento, gradual y sometido a

control que el proceso político de cambio sistémico— se producirán liberalizaciones políticas profundas en China y Viet Nam.

No se deberá a las enseñanzas y prédicas norteamericanas. A los chinos no les impresionan. Ellos llegarán a sus propias conclusiones. Pero la lógica del proceso es que, a muy largo plazo, la democracia facilita la eficiencia económica, aunque ello no ocurre de manera incondicional, ni en todas partes, ni en cada uno de los casos. Esa es la lección que nos brinda la historia, no solo de la Europa centrorienta, sino la historia de la humanidad.

Traducción: David González.

Notas

1. Acuerdo comunitario, en francés en el original. [N. del T.]
2. Grzegorz W. Kolodko y William R. Brand, *Truth, Errors, and Lies: Politics and Economics in a Volatile World*, Columbia University Press, Washington, DC, 2011.
3. Frase que en este caso se refiere a la inmediata utilización de los fondos de pensión recién recaudados para pagar la seguridad social de los jubilados. [N. del T.]
4. El World Institute for Development Economics Research pertenece a la United Nations University, en Helsinki.
5. Según sus siglas en inglés, *Transformation, Integration, Globalization and Economic Research*. [N. del T.]
6. *From Shock to Therapy: The Political Economy of Post-Socialist Transformation*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
7. En español en el original, para aludir a la política cubana homónima. [N. del T.]

©TEMAS, 2012

